

Trilogía sobre el racismo en España

TOMÁS CALVO BUEZAS

Los racistas son los otros. Gitanos, minorías y derechos humanos en los textos escolares

(Madrid, Editorial Popular, 1989)

El racismo que viene. Otros pueblos y otras culturas vistos por profesores y alumnos

(Madrid, Tecnos, 1990)

¿España racista? Voces payas sobre los gitanos

(Barcelona, Anthropos, 1990)

Los conflictos interétnicos payos/gitanos, nativos/inmigrantes africanos, están brotando con relativa frecuencia en diferentes pueblos y ciudades de España, sumándose a otros muchos síntomas de un preocupante despertar del racismo en Europa durante los últimos años. Poner al descubierto la urdimbre subyacente a la fenomenología de esas conductas colectivas, que se hallan en flagrante contradicción con el paradigma axiomático del igualitarismo proclamado por nuestra cultura occidental, constituyó el objetivo principal de una compleja investigación en tres fases realizada por el antropólogo Calvo Buezas entre 1985 y 1988, y de la que son fruto los tres libros de los que voy a hacer un breve comentario.

La primera fase de esa investigación, recogida en *Los racistas son los*

otros, consistió en un análisis de los textos escolares de Educación General Básica (EGB), Bachillerato (BUP) y Formación Profesional (FP) para rastrear, tanto en la letra como en las imágenes, la presentación que en ellos se hace de otros pueblos y otras minorías étnico-raciales, particularmente del pueblo gitano. Se partía del supuesto de que los textos escolares juegan un papel importante en la creación de valores y actitudes en los niños y adolescentes, constituyendo, por consiguiente, un instrumento valioso para fomentar la convivencia ciudadana en una sociedad cada vez más plural.

Las conclusiones a las que llega pueden sintetizarse del siguiente modo:

1. Los gitanos, una de las culturas y pueblos de España, están prácticamente ausentes en los textos escolares analizados. Más aún, en las

pocas referencias que en ellos aparecen se hace una valoración predominantemente neutra, incluso negativa en algunos casos, por lo que se deduce del contexto, contribuyendo así a conservar o reforzar el tradicional y popular estereotipo negativo de los gitanos.

2. La dominación espacial y el etnocentrismo localista constituyen el criterio orientador más importante en la construcción de identidades y en el tratamiento escolar de la unidad y diversidad cultural española. Esta visualización geográfico-espacial de nuestra diversidad cultural implica el silencio de los pueblos y culturas minoritarias no territoriales.

3. La escasa atención y espacio dedicados a las minorías étnicas de España contrasta con la amplitud y profundidad otorgadas a las minorías y problemas raciales de otros países, generando la falsa imagen de que «el mal está fuera» y «los racistas son los otros».

La Antropología Aplicada muestra así su utilidad pública al evidenciar la necesidad de un «Programa Educativo de Sensibilización Escolar» para el fomento de actitudes tolerantes en relación con los gitanos. Un buen modo de conseguir ese objetivo puede ser el abrir un espacio en el currículum académico de los niños y adolescentes españoles para la *Historia y Cultura del Pueblo Gitano*.

La segunda fase de la investigación, expuesta en *El racismo que viene*, consistió en la elaboración, aplicación y análisis de un cuestionario

a profesores y otro a alumnos de los citados niveles educativos, utilizando una muestra representativa de todo el territorio nacional. El objetivo era, en este caso, descubrir el entramado de estereotipos, actitudes, prejuicios, imágenes y valores de profesores y alumnos en relación con las minorías étnicas en nuestro país.

Del análisis de ambas encuestas se deduce la existencia de un alto nivel de prejuicios con dosis considerables de intolerancia, e incluso un peligroso, aunque minoritario, racismo militante. Los gitanos aparecen como el grupo étnico que mayor prevención y rechazo suscita tanto entre profesores como entre alumnos en todas las relaciones interétnicas analizadas, como la convivencia en el barrio, en la escuela o en el trabajo, la amistad y el matrimonio. En torno a un tercio de profesores y alumnos muestra prevención y recelo a relacionarse con gitanos, especialmente a contraer matrimonio o convivir en el mismo barrio. Aunque no se debe categorizar necesariamente como racistas a todos los que se manifiestan prejuiciosos, la gravedad del prejuicio, nos advierte el profesor Calvo Buezas, «es que encierra latente un germen de "virus racista", el cual puede activarse y desarrollarse en condiciones concretas de confrontación interétnica».

Por otra parte, si bien es cierto que existen estados de opinión y actitudes prejuiciosas, que en algunos individuos llegan a cobrar tintes racistas, los datos dejan bien patente la existencia en nuestra sociedad de un paradigma axiológico,

vigente en la mayoría de profesores y alumnos, que tiene como valor básico la igualdad humana y la solidaridad universalista. Sin embargo, como esta investigación ha puesto en evidencia, no existe una equivalencia automática entre la estructura ideal axiológica y la estructura real del comportamiento.

El último paso del programa de investigación al que me vengo refiriendo, del que es fruto el libro *¿España racista?*, consistió en el análisis cualitativo de redacciones abiertas de profesores y alumnos sobre los gitanos y otras minorías, con el objetivo de descubrir la maraña de sentimientos, clichés, prejuicios, creencias, valores, estereotipos, imágenes, códigos, pautas y representaciones que ambos colectivos tienen sobre la etnia gitana y que resultan difíciles de visualizar, en toda su riqueza y complejidad semántica, dentro de las asépticas series numéricas de los datos estadísticos de las encuestas.

La combinación de técnicas cuantitativas y cualitativas, tan hábilmente realizada por el profesor Calvo Buezas, se ha mostrado, una vez más, como un método extraordinariamente fecundo para este tipo de estudios socioantropológicos. El tercer libro de la trilogía, *¿España racista?*, nos ofrece un rico material etnográfico que permanece abierto a otras posibles interpretaciones. Se cierra la trilogía con un capítulo de apuntes teóricos y metodológicos que pretenden clarificar, desde un enfoque globalizador, comparativo e interdisciplinario, las constantes estructurales de la discriminación y del racismo, superando el mero dato particularista y etnográfico, para

situarse en el plano abstracto de las relaciones sociales dentro de la estructura asimétrica de poder en que se desenvuelven los grupos humanos.

Desde una concepción sintética de las perspectivas micro y macrosociológicas, como la que subyace a esta trilogía sobre el racismo en España, las relaciones intergrupales, sean étnico-raciales o de otro tipo, no se desarrollan en un *vacuum* abstracto, compuesto de ideas y sentimientos individualistas y caprichosos, sino dentro de una estructura social específica y en el marco de una sociedad histórica determinada. La distribución desigual y la competencia por los recursos económicos en el marco de unas relaciones de poder asimétricas constituyen el entramado estructural básico sobre el que se sitúan, mueven y relacionan los grupos sociales y, por consiguiente, las minorías étnicas. Sin la referencia a esa urdimbre estructural básica, no existe una explicación sociológica y antropológica suficiente de los fenómenos de la discriminación y el racismo. En este sentido existe una clara continuidad teórica y metodológica con el primer libro del mismo autor, *Los más pobres en el país más rico* (Edic. Encuentro, Madrid, 1981), donde sostiene de modo inequívoco que los conflictos interétnicos, no obstante su peculiaridad, no pueden interpretarse adecuadamente al margen de los conflictos de clases.

La crispación que ha producido el reciente debate en el Parlamento Europeo del informe sobre el racismo elaborado por el eurodiputado James Glyn Ford, muestra la perti-

nencia y necesidad de investigaciones como la que presentamos. Además de su contribución científica al estudio de las relaciones interétnicas, los tres libros del profesor Calvo Buezas son de gran utilidad para sociólogos, antropólogos, educadores, trabajadores sociales y cuantos deseen hacer de nuestra sociedad pluriétnica un hogar más habitable.

Así parecieron reconocerlo el Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología y el Ministerio de Asuntos Sociales, al conceder a esta investigación el *V Premio de Investigación sobre Bienestar Social*.

J. M. FERNÁNDEZ

E. LUQUE BAENA

Del conocimiento antropológico

(Madrid, CIS-Siglo XXI, 1990)

La claridad, la concisión, aliadas a la riqueza de contenido y a la amplia bibliografía utilizada, caracterizan a esta reflexión sobre el devenir de la antropología que ahora ve su segunda edición.

Los títulos de los cinco capítulos («De las viejas moradas de los científicos», «De la búsqueda de nuevos cimientos», «De la cultura, de las culturas», «De la estructura y del significado», «Del método, de los métodos») introducen al lector en el corazón del tema: el libro se presenta como una discusión de la evolución del objeto de la antropología, así como de los principales problemas epistemológicos y metodológicos que dominan su elaboración. Como cabría esperar, la opinión que el autor tiene de la ciencia en general y de la antropología en particular, configuran a un tiempo la selección del material y las argumentaciones. En éste, como en otros casos, caben dos posibles lecturas. Una

desgrana las vicisitudes de la disciplina; la otra —en filigrana—, las tomas de posición que subyacen a sus análisis. Resulta claro que la primera constituye, para el especialista, el auténtico centro de interés de la empresa y que su exposición es el fin explícito que persigue Enrique Luque. Sin embargo, una exposición completa del trabajo requiere —más que nunca— que se consideren ambas. La propia convicción del autor de que no existe “pura experiencia”, sino solamente la experiencia a la luz de expectativas o de teorías que son “trascendentes”, en palabras de Popper» (citado en p. 186) constituye, estrictamente hablando, el vector epistemológico alrededor del cual se construye todo el conjunto.

Consideraciones diversas hacen que el paralelo entre el desarrollo de la ciencia y el de la antropología sea necesario. La primera es de aplicación general, ya que recuerda que

el investigador está inmerso en la sociedad de su tiempo y de ahí toma inevitablemente —tanto positiva como negativamente— una gran parte de sus inquietudes, de sus problemas y de sus soluciones. Dicho esto, es importante subrayar que el autor concentra su atención sobre las consecuencias teóricas y metodológicas del desarrollo científico, dejando, así, de lado las discusiones del contexto (político, ideológico e incluso académico) en el cual se perfila aquél en cada momento. Se trata, primero, de interrogarse acerca del proceso de conocimiento, acerca de las condiciones en que es posible hablar de ciencia y acerca de su objeto específico. Los dos primeros capítulos recorren, de ese modo y a través de un número (voluntariamente limitado) de teóricos que se consideran representativos, los argumentos principales enfrentados entre sí a lo largo de los últimos doscientos años (sobre todo, a partir del aparente triunfo del positivismo). De un lado, los defensores —y del otro sus críticos— de las virtudes de la experiencia inmediata y del inductivismo frente al deductivismo, de la búsqueda de leyes generales en detrimento del historicismo y del particularismo, del objetivismo frente al subjetivismo, del atomismo o del carácter sistemático de los hechos considerados, de la supremacía del orden sobre el desorden, de la simplicidad sobre la complejidad. A lo largo de toda la obra, el autor manifiesta un evidente cuidado por señalar el carácter siempre actual —controlado o incontrolado— tanto de las cuestiones como de las respuestas aportadas y el hecho

de que unas y otras afecten a todos los niveles de la investigación (desde los presupuestos teóricos hasta la concepción del objeto científico mismo, pasando por la metodología empleada). Asimismo, resalta cómo la mayoría de cuestiones y respuestas constituyen sistemas, haciéndose incómodas —y, a menudo, renqueantes— las tentativas de conciliarlas. De tener que elegir, sus predilecciones se orientan en favor del segundo término de las disyuntivas consideradas y lo inscriben así en la línea de posiciones presentadas como las tendencias más actuales, tanto al nivel de la reflexión epistemológica como aplicadas al dominio particular de la antropología.

La evolución de posiciones sobre la espinosa cuestión de la objetividad científica y de la falsa oposición (en tanto que basada en una apreciación errónea del modo de actuar de los científicos) entre las llamadas ciencias humanas y las ciencias naturales han puesto, por otra parte, de actualidad la incidencia, en la investigación, de factores extracientíficos y también el hecho de que contribuyan inevitablemente a la constitución de su objeto, cualquiera que éste sea. Las consecuencias heurísticas son de orden epistemológico y metodológico. Retomando —pero para darle la vuelta— la célebre metáfora de Popper, el autor concluye: «No podemos pensar desde fuera —ni, por tanto, lanzar redes al mundo— porque redes, mundo y nosotros mismos estamos profundamente enlazados. Es, más bien, desde dentro, metidos en la ciénaga y no lanzando sondajes desde la ori-

lla, como podemos entender algo» (p. 83).

Planteadas así las cosas, la construcción del resto de la obra muestra cómo la antropología se revela, por ello mismo, con una doble implicación: como ciencia de la cultura en sentido estricto y como disciplina en cuya génesis el subjetivismo está llamado a jugar un papel de primera importancia. Así, por lo tanto, se sospecha —aunque el autor no lo diga explícitamente— que el debate que sigue puede interesar no sólo al antropólogo, sino a todo científico preocupado por interrogarse acerca de la importancia y los resultados de sus investigaciones.

¿En qué consiste la cultura? La discusión de esta pregunta y la manera en que se aborda, desde el doble punto de vista teórico y metodológico, articulan los tres últimos capítulos. Dos ideas principales subyacen al conjunto de la exposición. Por una parte, el objeto de la antropología —so capa de aparente continuidad— sufre transformaciones profundas configuradas en una gran medida por la evolución de los debates científicos. Por otra parte, la antropología actual continúa siendo una ciencia preparadigmática (entendido en el sentido consagrado por Kuhn) en la cual resulta vano —y, sin duda, perjudicial— buscar una homogeneidad artificial de puntos de vista. En consecuencia, es indispensable sobrepasar los conceptos y los métodos homónimos (culturas, estructuras, signo, modelo lingüístico, inconsciente, método comparativo, etc.), localizando los deslizamientos teóricos y metodológicos que hacen —más allá de las apa-

riencias paradigmáticas— que los resultados sean, si no necesariamente incompatibles, al menos, profundamente diferentes. Dicho esto, es necesario resaltar que el interés de la obra reside menos, aquí, en el carácter básicamente original de la empresa (ya que varios investigadores, con respecto a los cuales se reconoce en deuda el autor, han contribuido en aspectos parciales) que en su carácter sintético y clarificador.

En términos más concretos, el análisis de las posiciones defendidas por las diferentes corrientes y escuelas que han dominado la escena muestran que el concepto de cultura ha experimentado numerosos avatares a lo largo de los cuales —globalmente considerados— se ha desplazado progresivamente de los artefactos culturales a sus cualidades simbólicas. De cualquier modo, una preocupación parece haber dominado sobre las demás, y las respuestas aportadas al respecto no son ajenas al deslizamiento señalado. Esto es, la diversidad cultural —que todo antropólogo asume como punto de partida—, ¿constituye el objetivo último de la antropología? ¿Lo propio de la condición humana, o una materia de *rico colorido* a partir de la cual los investigadores deben abstraer semejanzas, constantes o leyes universales? Cualquiera que sea la respuesta, un problema más delicado aún consiste en definir cómo dar cuenta de ello: ¿cuáles son las relaciones entre naturaleza y cultura? ¿Está constituida la cultura como una *contra natura* —por retomar la expresión de Moscovici— de tal suerte que la variedad y el particu-

larismo no tienen otro origen que ellos mismos? ¿No es la cultura más que un epifenómeno, reductible a la naturaleza? ¿Hay continuidad o discontinuidad entre ambos órdenes? O, mejor aún, ¿es científicamente aceptable distinguir dos órdenes? En todas estas cuestiones, el autor une su voz a aquellos que defienden a la vez la diversidad y una concepción sintética, dialéctica y progresiva de la pareja naturaleza/cultura: denuncia los reduccionismos de todo tipo, coloca el acento en la complejidad e insiste en lo que el paso al análisis en términos de sistemas abiertos tiene de prometedor para abordar su estudio.

La toma en consideración de la capacidad simbólica, del lugar que conviene atribuir a las representaciones en la génesis de la cultura, no se ha impuesto realmente hasta tanto que la antropología británica ha conseguido liberarse del reduccionismo *cosista* al cual había reducido Radcliffe-Brown la herencia durkheimiana. Esto ha tenido un doble efecto: de ampliación y de concreción del objeto de la antropología. De una parte, el simbolismo ha cesado de limitarse a un dominio particular de los hechos culturales (como los ritos, los mitos o las creencias). De otro, ha venido a constituir el prisma unificador a partir del cual se aborda la cultura. No obstante, el autor cuida de combatir el efecto de espejismo que puede producir la referencia común a los hechos culturales en términos de hechos simbólicos: subraya el impacto diferencial de los modelos (lingüístico, cibernético, etc.) que han inspirado los enfoques de los antropó-

logos y las lecciones diferentes que de ellos han aprendido. Las divergencias afectan principalmente al lugar a partir del cual se da cuenta mejor de los hechos: el código, la sintaxis o los símbolos y la significación. Ante los diferentes postulados, el autor parece inclinarse, por su parte, a una posible y provechosa complementariedad de las perspectivas propuestas.

En resumen, *Del conocimiento antropológico* está construido como una pesquisa en la cual investigador, entorno científico y cultural y objeto mismo son inseparables. El tono de la obra, el paralelismo entre la antropología y la situación de las otras ciencias, así como la convicción de que aquélla se ha liberado de una concepción «enciclopédica» de la cultura y tiende a hacer del análisis simbólico su principal objeto, contrasta con la tan denunciada «crisis» de la disciplina que agitan ciertos medios de investigadores. Mirando las cosas más de cerca, puede parecer curioso —en una obra que, por otra parte, concede tanta importancia a los condicionamientos de toda suerte de la investigación— que el hecho colonial esté ausente. Puede pensarse que el autor lo considera evidente y que tanto la vocación como la concisión de la obra no se adaptan a la discusión de tesis más o menos afortunadas sobre el parentesco entre antropología y colonialismo y las consecuencias que esto ha tenido sobre su objeto de estudio y su evolución. No obstante, es con toda seguridad la concepción global de esta ciencia la que está en entredicho. Lejos de centrarse en un determinado tipo de

sociedades, de tener que ver con una antropología de *deuxième souffle* (Panoff), la que nos presenta Enrique Luque se sumerge —a pesar de su carácter obstinadamente preparadigmático— en una larga tradición intelectual en cuyo transcurso no ha dejado de precisar su objeto. Haciendo esto, tal vez uno deba lamentarse de que esta manera de plantear el problema tienda a arrojar fuera de la antropología, o a desacreditar (una fórmula como «al viejo estilo» p. 129) las in-

vestigaciones que no se atribuyen como objeto directo o prioritario el estudio simbólico. ¿No se corre así el peligro de sacrificar una parte de la complejidad?

Sea como fuere, no cabe duda que, sin pretender ser una historia exhaustiva de la disciplina —el autor remite a tal efecto a sus predecesores en la materia— la obra contribuye a ella de modo indiscutible y positivo.

María José DEVILLARD

CECILIA CASTAÑO COLLADO

Tecnología y empleo en el sector financiero español

(Madrid, Instituto de Estudios de Prospectiva, 1990)

El informe es el resultado de una investigación encargada por el Instituto de Prospectiva a un equipo dirigido por la profesora Cecilia Castaño con el objeto de analizar el impacto de las aplicaciones tecnológicas sobre el empleo en el sector financiero, con especial atención en «las modificaciones cualitativas en el entorno del empleo, como son los cambios en las formas de producir, la división del trabajo, la organización y las necesidades de cualificación y de formación del personal».

Los resultados se estructuran en tres grandes bloques. En el primero se analizan las dificultades de ubicar en el interior de la estructura productiva el nuevo sector de servicios de la economía. En las nuevas formas de producir, las fronteras

entre sectores se difuminan. Aparecen una gran cantidad de servicios que intervienen como *inputs*, y trabajos esenciales en el proceso de fabricación parecen más actividades de servicio que actividades propiamente de fabricación. Se produce una nueva forma de integración en la producción que modifica los límites anteriores y desarrolla un nuevo marco competitivo.

Las modificaciones que tienen su origen en la propia dinámica de la actividad financiera (desregulación, internacionalización, etc.) interactúan con los nuevos desarrollos tecnológicos contribuyendo a amplificar los efectos de esa dinámica: nuevos competidores, mayor transparencia, ampliación de los límites funcionales y territoriales de los mercados, reducción de costes... Esa am-

plificación de efectos es más notoria cuando la tecnología deja de ser utilizada como instrumento de reducción de costes para convertirse en un factor activo de innovación.

La segunda parte del trabajo está destinada al análisis de los procesos de informatización del sistema financiero español, marcado desde sus comienzos por su fuerte carácter centralizador.

El modelo que estructura el proceso, iniciado en los años sesenta, se construye a partir de unos sistemas centrales de gran potencia conectados mediante terminales con las unidades especializadas del banco y con las unidades de atención al público. Este sistema sólo se altera con el desarrollo, en los años setenta, de equipos de menores dimensiones que posibilitan la aparición de unidades regionales, modificando la tendencia centralizadora y permitiendo la aparición de sistemas especializados en algunos departamentos centrales (*small business system*)

El carácter centralizador está motivado, según el informe, por la necesidad de obtener economías de escala y por las altas exigencias de cualificación en aquellas tareas que proporcionan un mayor valor añadido. De esta forma, el desarrollo de un modelo de gestión centralizada no impide la aparición de un ámbito propio y autónomo asignado a las sucursales, que concentran, además, el 65 por 100 de todo el personal.

Con respecto a las características estrictamente técnicas, se observa una tendencia hacia la homogeneidad en los equipos de cada ban-

co, que optan en general por la producción de su propio *software*. Constatan también limitaciones en el proceso de expansión técnica debido a las características de la red de telecomunicaciones española: la excesiva dependencia de la política de la Telefónica, muy desfasada respecto a las expectativas del sector, dificulta el desenvolvimiento de programas como el del banco en casa y, en general, el funcionamiento ordinario de los procesos de trabajo. El modelo *on line* encarece considerablemente su uso.

La red básica se completa, en los años ochenta, con la aparición de cajeros automáticos y terminales puntos de venta, cuyo crecimiento, lejos de las previsiones pesimistas de algunos expertos e informes, ha sido espectacular, hasta el punto de que su generalización está modificando radicalmente los modos de relación de los clientes con los bancos y con las cajas.

La aplicación de la informática al negocio bancario no ha alterado sustancialmente la oferta de nuevos productos en la banca al por menor, si bien el abaratamiento de los costes ha permitido que determinados servicios (los que se ofrecen en el área internacional, valores, formas especiales de crédito) puedan adquirir un carácter masivo.

Es en la banca al por mayor (grandes empresas, multinacionales) donde se están introduciendo novedades importantes, consecuencia de la aplicación de la informática, pero también de la experiencia acumulada por los bancos sobre empresas y mercados. Se trata de servicios *custom*, es decir, a la medida del cliente.

te, ya que la disponibilidad de mayor información contribuye a adoptar las decisiones más adecuadas a las necesidades de cada cliente. Los nuevos productos se dirigen fundamentalmente a operaciones exteriores o a la gestión de tesorerías, nóminas e informes. Sin desarrollar, aunque en perspectiva, se encuentran los servicios de información y de consultoría, aún sin inaugurar debido a la ausencia de una conexión más fluida entre bancos y clientes mediante el videotexto; sólo los bancos extranjeros se dirigen en estos momentos hacia este segmento del mercado.

Las tendencias futuras se relacionan con las necesidades de una sociedad con mayor nivel de renta, que reclama nuevos servicios sociales y personales.

La subcontratación de tareas aparece asociada al desarrollo informático, siendo utilizada como uno de los medios más efectivos de reducir costes, siguiendo así la tendencia ya verificada en otros sectores y en otros países. La subcontratación afecta a todo el espectro productivo, desde las tareas altamente especializadas a las auxiliares.

EL EMPLEO EN LA NUEVA ETAPA DE LA BANCA

A pesar de los controvertidos datos que sobre la relación entre empleo e informática circulan, parece difícil establecer conclusiones definitivas. Aunque se tiende a establecer una relación directa entre informática y disminución de los empleos,

el presente estudio pone de relieve que, al menos en las entidades estudiadas, no hay relación entre desarrollo informático y volumen de empleo, observando que ésta viene marcada por la estrategia general de cada entidad.

El desarrollo de la informática en los bancos se produce cuando éstos han establecido una estrategia empresarial madura, con una red de oficinas consolidada.

En las cajas de ahorro, la informática se desenvuelve en un contexto expansivo, produciéndose incrementos de productividad sin pérdida de empleo y modificándose paulatinamente los requerimientos de cualificación en el sector. Así, mientras los bancos pierden, en el período 1984-1988, el 7 por 100 del empleo, las cajas lo incrementan en un 19 por 100 en el mismo período.

La estructura del empleo, organizada en torno a las categorías clásicas del sector bancario (jefes, oficiales, auxiliares y subalternos), consolida una tendencia que ya se había apuntado en estudios anteriores: la tendencia a concentrar el empleo en torno a la categoría de jefe, a la vez que disminuyen las categorías de más baja cualificación, y se mantiene la tendencia que sitúa el trabajo de la mujer en las categorías inferiores. La estructura por edades concentra mayoritariamente sus efectivos entre los veinte y cuarenta años, aunque con tendencia a envejecer, dado que no se producen incorporaciones masivas, y las que se producen tienen lugar en los tramos de edad más altos, correspondientes a titulaciones superiores.

Con respecto a la estructura salarial, la opacidad de la información dificulta cualquier conclusión, destacando la importancia de las retribuciones complementarias respecto a los sueldos base, así como la relación entre éstos y el nivel de responsabilidad.

Las nuevas modalidades de contratación que potencian los contratos en precario producen segmentaciones en la plantilla, coexistiendo diferentes categorías de trabajadores; esta segmentación redundante en mayores intensidades del ritmo de trabajo, acompañadas de modalidades de contratos casi individuales, en los que el trabajador se compromete a una disponibilidad total, tanto en horarios como en desplazamientos.

El resultado de los cambios tecnológicos y de los cambios del propio negocio bancario han producido una ruptura del espacio de cualificación tradicional, fundamentado en el manejo de las matemáticas financieras, la contabilidad y la experiencia.

Si la introducción de las máquinas propicia el desarrollo de una modalidad de trabajo bancario descalificado y asimilable al de tipo taylorista en la industria, la dinámica propia del negocio bancario, que atiende a la calidad y a la mejora

constante de sus productos, obliga a buscar un nuevo concepto de profesionalidad bancaria.

Basado en la noción de polivalencia, al igual que en otros ámbitos productivos, se combinan las tareas más simples junto a las tareas comerciales más especializadas, propiciando un perfil del empleado de banca cuyos rasgos generales son los siguientes: formación básica superior, conocimiento de la actividad comercial, conocimiento del mercado financiero, capacidad para adaptarse a nuevos productos y conocimientos básicos de informática.

La investigación comentada es el primer estudio sistemático que se ocupa de las transformaciones del empleo en la banca, así como de las causas que han dado lugar a esas transformaciones. Son este tipo de investigaciones las que contribuyen a verificar las hipótesis formuladas sobre las relaciones entre tecnología y empleo, y señalar las tendencias futuras en un mercado, de otro modo, difícilmente previsible. La ausencia de estudios e informes que deduzcan sus conclusiones del análisis de realidades concretas incrementan el valor de investigaciones como la aquí reseñada.

Santiago MARTÍN FERNÁNDEZ

JEAN CLAUDE COMBESSIE
Au sud de Despeñaperros
(Al sur de Despeñaperros)

(París, Edition de la Maison des Sciences de l'Homme, 1989)

Al sur de Despeñaperros es un libro sobre una zona de Andalucía, escrito por un sociólogo francés, Jean Claude Combessie, codirector del Centre de Sociologie de l'Education, de París, junto a Monique de Saint Martin. Se sitúa en una zona de la provincia de Sevilla, el valle del Guadalquivir, un conjunto de pueblos muy próximos a la capital, donde la característica más importante es la economía de agricultura de regadío, teniendo como monocultivo el del algodón. El estudio se realiza en torno a los años setenta. El macrocontexto es el de la época de la dictadura de Franco y, a nivel económico, la del desarrollo.

Este libro es una propuesta de estudio de una comunidad rural, tomando como punto de partida un proceso: la huelga de jornaleros (recolectores de algodón) que se produjo en 1970, reclamando el aumento del jornal. A través de este proceso arranca y retorna el análisis. Porque ese proceso se inscribe en una forma de ser ya estratificada, reificada, consolidada, de esa comunidad, pero se produce como producto nuevo, como elaboración propia, tomando como elementos esos ya aprendidos, asimilados, además de otros más puntuales que surgen en la dinámica social. Ese proceso se conduce, pues, hacia la búsqueda de una nueva conformación de la misma reproducción social.

Combessie trata de eludir el encasillamiento del libro dentro de una disciplina concreta de las ciencias sociales, y elude deliberadamente la antropología como ciencia marco y se acerca a aspectos antropológicos, teniendo como elementos de análisis no aquellos clásicos ya en la disciplina, sino otros más adaptados al modelo que propone eliminando más «lo cultural», para dar prioridad a «lo sociológico».

Combessie utiliza el concepto de «*economía política*» como pilar teórico de este estudio. A través de él analiza los aspectos económicos, sociales, políticos y culturales. Pero es precisamente por la utilización de ese concepto por lo que logra unificarlos y, lo más importante, interrelacionarlos. Ese análisis se efectúa también a dos niveles: contexto supralocal y contexto local. De esta forma confronta a ambos por estar en continua relación, evitando así el posible carácter determinante que podrían haber tenido en el tratamiento teórico los aspectos del contexto supralocal, dada la época en que se enmarca. Pero Combessie propone un análisis referido más directamente a los niveles internos de la comunidad, más etnocéntricos, buscando los momentos de las interacciones de las estructuras externas (Estado, legislación, instituciones del aparato político-ideológico, etc.) con los meca-

nismos y estrategias contruidos por la propia comunidad en respuesta a una determinada situación social y económica.

Los grupos sociales y económicos están muy bien delimitados y constituyen el eje explicativo en este estudio de cómo es esa comunidad, mostrándonos así su ser y estar. La adscripción y pertenencia condiciona fundamentalmente a cada individuo dentro de la comunidad; pero este hecho no crea una situación estática: hay una continua dinámica en torno al mercado de trabajo, mercado matrimonial, movilidad social y económica (emigración e inmigración), etc.

Porque el concepto de «mercado» es utilizado en este estudio como elemento dinamizador de la sociedad, escenario donde se produce el *intercambio de valores económicos, sociales y culturales*. Los mercados tienen también un carácter restrictivo y restringido, y en ellos los grupos tienen unos márgenes de acción.

Manteniendo, pues, esta visión dinámica de la comunidad (utilizando los soportes teóricos de Combesse), podemos desplazar y centrar el análisis en las situaciones conflictivas que, en distinto grado, forma y contenido, fluyen en el interior de la comunidad. Vamos a citar algunos ejemplos:

— La desigualdad social y económica (ingresos económicos, tamaño de las propiedades, condición de parado permanente, etc.) ... canales de «simulación» del equilibrio social, como el de las cofradías. Cada cofradía reúne a personas de distintas pertenencias económicas y so-

ciales. Ese conflicto está desplazado a la rivalidad entre cofradías, por lo que la unión de los miembros de la cofradía desplaza el conflicto social al antagonismo a dos bandos entre las dos cofradías.

— Las divergencias políticas y sus manifestaciones (prohibidas y perseguidas por instituciones intra y supralocales) se revisten de formas de «normalización» como la presencia y asiduidad a los bares (lugar de encuentro social de los varones), el mantenimiento de los compromisos sociales normatizados, en lugar de buscar otros canales marginales o «clandestinos».

— Por último, la huelga es el acontecimiento más rico en significados y significante de esa tendencia que se manifiesta en el resto de las situaciones-conflicto: la reproducción social.

La huelga tiene otros antecedentes en sucesos de explosión social espontánea, en tres acontecimientos que se denominaron así: «Un patrón ladrón», en 1960; «El látigo negro», en 1963, y «El paro y el hambre», en 1965. El motivo expreso de la huelga es la reivindicación de la subida de un duro en el jornal de los jornaleros recolectores de algodón, reivindicación negada por los patronos.

Sin embargo, las motivaciones ocultas que permanecen en un nivel más profundo de la consciencia social hay que buscarlas en la amenaza que representa esa situación precaria en los ingresos de un grupo social, para que se garantice la reproducción del sistema social y económico, conservador del permanente

equilibrio/desequilibrio de la comunidad. También se atenta en esta situación puntual, así como en las que se dieron las movilizaciones anteriores, contra determinados valores sociales como «el grado óptimo de justicia/injusticia», «la manifestación violenta y excesiva de la desigualdad social», etc. En contraste, las organizaciones sindicales, como CC.OO., con implantación en los pueblos no tienen la capacidad de convocatoria y el arrastre tan mayoritario como los que se producen en esa huelga. Los niveles de conexión con el universo de fuerzas sociales, intereses económicos, redes socia-

les..., son diferentes en ambos casos. Las organizaciones clandestinas mantienen un nivel de discurso y comunicación en estadios secundarios y minoritarios de este universo.

Por último, subrayar la importancia que cobra en este estudio la confrontación en el espacio y el tiempo de todo el capital simbólico y el capital económico y social de esa comunidad (en términos de Bourdieu) como método y modelo de análisis para estudiar un campo social como es el de la sociedad rural, tan incompletamente estudiado.

M. ESQUIVEL FERNÁNDEZ DE CUEVAS

MANUEL ALCÁNTARA SÁEZ
Sistemas políticos de América Latina
 (Madrid, Tecnos, 1989-90)

Hace medio milenio, un grupo de hombres abandonó las costas españolas en busca de las Indias, aventurándose por un océano gigantesco y desconocido, poblado de monstruos y sirenas, encontrándose con tierras y gente nueva. Entonces se torció el rumbo de la historia de la Humanidad. Dos pueblos diferentes y extraños entre sí se miraron, se midieron, se mataron ferozmente y, también, procrearon. Este encuentro dramático selló para siempre la historia de España y del pueblo americano. Desde aquellos inicios surge la pregunta sobre el Otro, el extraño, intentando reinterpretar al otro en el marco de los propios códigos culturales. Y mientras los españoles debatían desconcertados sobre si los

indios estaban dotados de alma, los indígenas antillanos sumergían prolongadamente a los prisioneros blancos para averiguar si sus cadáveres estaban o no sujetos a putrefacción.

En la trama de la historia se dan múltiples procesos en forma compleja y contradictoria. Quizá lo que más observamos de aquel primer encuentro es un conjunto de desencuentros, simbolizados en la guerra de conquista y en la guerra de independencia. Desencuentro entre la cultura de los españoles y la de los indígenas, desencuentro entre encomenderos y misioneros, indígenas y negros, mestizos y criollos, peninsulares y criollos, monárquicos y republicanos, regionalistas y centralistas, conservadores y liberales, cató-

licos y masones, oligarcas y proletarios, derechistas y socialistas, etc. Sin embargo, en las cavernas subterráneas de la conciencia colectiva de los pueblos se alimenta el deseo de una convivencia con el otro: allí están las utopías andinas de inkarri y pachakuti; la tierra sin males guaraní; la República de Palmares, en Brasil; la defensa del indio por Las Casas y los obispos profetas; las rebeliones campesinas; la lucha por la libertad, el ideal bolivariano y el anhelo republicano en la gestación de los estados; las luchas sociales de la clase obrera en los siglos XIX y XX y, hoy en día, las multitudinarias expresiones de la fe popular, la solidaridad cotidiana y la fiesta; la defensa de los derechos humanos, de la vida, la justicia, la libertad y la dignidad.

En estos últimos años han comenzado a llevarse a cabo con renovada fluidez, entre hispanos y latinoamericanos, múltiples programas de intercambio académico y de otras índoles, con el propósito de penetrarse recíprocamente del conocimiento de la realidad económica, social, cultural y política. Una vez más, la mirada se levanta y se extiende sobre el Atlántico en busca de ese otro con el cual se ha escrito la historia en conjunto. Durante la última década, Manuel Alcántara ha sido docente en la disciplina de Regímenes Políticos de Iberoamérica en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, fruto de la cual nace el libro que se reseña en el presente artículo. Consiste en un importante trabajo académico en el que el autor describe y analiza los sistemas

políticos de cada uno de los países del Caribe y de los del sur del Río Grande, poniendo el acento en la diversidad y pluralidad de la realidad latinoamericana.

La obra se presenta en dos volúmenes, respondiendo a un criterio geográfico. La primera parte se refiere a los sistemas políticos de América del Sur, y fue publicada en 1989. El segundo volumen se publicó en 1990, y se refiere a México, el Caribe y América Central.

Se trata de un esquema que —como se advierte en el prólogo del libro— se enmarca dentro de la tradición del estudio comparado de la política. Método que John W. Burgess inaugura al publicar *Political Science and Comparative Constitutional Law*, en 1890, y que posteriormente se generaliza en el ámbito académico anglosajón. Con la revolución behaviorista, iniciada a partir de la década de los veinte, esta corriente se amplía y perfecciona con los enfoques «grupales» (Odegard, Pendleton Berring, etc.), permitiendo la consolidación del paradigma científico a partir de los años cincuenta (Butler, Dahl, Easton, Ranney y otros)¹.

Es un texto útil y sistemático, en el cual se describen en forma metódica los sistemas políticos de todos los países latinoamericanos, utilizando una matriz analítica muy sencilla que permite enfatizar lo original de cada proceso, estudiando los casos

¹ Manuel PASTOR, Prólogo: «El estudio comparado de la política», en Manuel ALCÁNTARA, *Sistemas políticos de América Latina*, vol. I, Madrid, Ed. Tecnos, 1989, pp. 11-12.

nacionales por separado, dado que, en la actualidad, las identidades nacionales están perfectamente desarrolladas. Se pretende un estudio de las instituciones que componen el sistema y del papel que dentro de él juegan los actores políticos, con las limitaciones naturales —respecto del grado de profundidad en el análisis de cada país— que impone un esquema donde se recoge un amplio nivel de información. El uso de un mismo esquema de estudio puede facilitar posteriores análisis cruzados que ayudarán a enriquecer la aproximación. Sin embargo, comporta el riesgo de ignorar o minusvalorar corrientes o interinfluencias que se reiteran en más de un país, o que son incluso de ámbito mundial, dificultando una eficaz aproximación desde una perspectiva comparativista.

Por otro lado, Alcántara es consciente del desequilibrio existente a la hora de una necesaria homogeneización de los estudios individualizados. El traslado de una misma matriz de estudio puede forzar la interpretación de determinadas instituciones o el papel de ciertos actores. En razón de ello, el autor ha evitado aplicar a ultranza el modelo de estudio al cual nos hemos referido, para abordar con mayor flexibilidad el análisis de países como Chile, Cuba, Haití, el Caribe anglófono, holandés y francés, Belice, Guyana y Surinam, que presentan (o presentaban al tiempo de escribirse el libro) importantes particularidades en su sistema político.

Advierte el autor, en la introducción al primer volumen, que se aleja de aquellas tesis que aproximan el

sistema político a una estructura de relaciones meramente formales, acercándose a una concepción del mismo como sistema histórico, término éste que aludiría, por una parte, a un conjunto integrado —compuesto de partes relacionadas entre sí— y, por la otra, a una unidad con la historia. De esta manera, Alcántara selecciona como elementos de un sistema político aquellos que configuran su matriz de análisis: una síntesis de la evolución histórico-política de cada país; la descripción de las principales instituciones del Estado (el Poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial, la organización territorial y el sistema electoral); los actores políticos (partidos, sindicatos, fuerzas armadas, etc.), y la vida política en los años ochenta (especialmente marcada por las transiciones políticas a la democracia).

Como se ha señalado, la primera variable ocupada por Alcántara en su esquema de estudio está compuesta por una síntesis de la *evolución de la historia política de cada nación*. El autor pretende —siguiendo prácticamente el mismo esquema de análisis— destacar aquellos hitos de la historia política que definieron rasgos de identidad, enunciando aspectos peculiares y el comportamiento de los actores que pudieran explicar la profunda tradición de inestabilidad política. Esta visión de la evolución de la historia política aporta las constantes y, a la vez, las especificidades en el desarrollo de la sociedad política del país en cuestión. Se trata de un recuento histórico sintético y útil, en la medida que permite una mejor comprensión de las instituciones y actores políti-

cos, explicando el contexto de su gestación, desarrollo, transformación o desintegración.

Establecer la interrelación de los distintos elementos de un sistema político sin una mínima retrospectiva que explique cómo y por qué tales protagonistas e instituciones se influyen recíprocamente para dar vida a diversos tipos de regímenes políticos puede conducir a interpretaciones erradas, especialmente si el lector no está familiarizado con la pluralidad y diversidad que existe al interior de América Latina.

Alcántara se preocupa de señalar algunas diferencias entre aquellos países de la región de Centroamérica y del Caribe con respecto a los del sur del continente. Se trata de ciertas características de la realidad política de estos países que se habrían ido configurando durante su evolución histórica. Se enfatiza que los países de América Central y del Caribe se han enfrentado a serias trabas para conseguir su soberanía política y reforzar su identidad nacional, existiendo una gran variedad en sus tiempos de emancipación. Ello contrasta con los países sudamericanos, donde existe una mayor sincronía en el proceso histórico de emancipación y consolidación del Estado.

Otro elemento que ha dificultado el reforzamiento de una identidad nacional y la obtención de la soberanía política de estos países ha sido la mayor presencia de Estados Unidos y sus intereses, llegando a con-

siderar al Caribe como su mar interior. Esta relación entre Estados Unidos y el Caribe, México y Centroamérica estaría experimentando un importante cambio luego de que el Congreso le haya dado «luz verde» a George Bush en la iniciativa del mercado común norteamericano, en la cual está involucrado México.

Una característica de toda Latinoamérica ha sido el alto grado de inestabilidad que ha existido en las formas políticas. Pero en el sur del continente hubo una mayor presencia del liberalismo político, configurándose (en la medida que se superaba el caudillismo) una *democracia representativa*, con una creciente apertura del espacio político, la cual se fue alternando con una *democracia tutelada* cuyo principal actor fueron las fuerzas armadas. En cambio, en los países centroamericanos y del Caribe, el liberalismo político tuvo una incidencia menor que en el sur del continente (en algunos casos, como Haití y Panamá, incluso se puede dudar de la conformación del Estado Nacional), alternándose, ya en el siglo xx, esquemas de Estado sultanístico donde el Estado era gobernado como una finca por el dictador (bajo las dictaduras de Trujillo y Somoza) con democracias pretorianas, en que la democracia era una farsa en beneficio de la relación articulada entre la oligarquía y el ejército. También aparece una mayor pluralidad en esta zona que en el resto del continente, en lo que a formas políticas se refiere. De esta manera, México, Cuba, Costa Rica

y Jamaica, cada cual a su forma, representan modelos propios y diferenciados de sistemas políticos, con una destacada capacidad de influencia en los países vecinos².

Otro elemento diferenciador que se desprende de la lectura de la evolución histórico-política, entre los países agrupados en el primer volumen del trabajo y aquellos que se estudian en el segundo, dice relación con las revoluciones. Si bien tanto en unos como en otros existen situaciones revolucionarias (pobreza, miseria, exclusión, represión, etcétera), en el sur del continente no han habido revoluciones; en cambio, la región al norte de Panamá y caribeña ha sido cuna de procesos revolucionarios. Es el caso de la revolución esclavista de Haití, de las revoluciones mexicana y cubana y del triunfo sandinista en Nicaragua, algunas de ellas con enorme incidencia mundial. Este hecho está directamente relacionado con la capacidad del sistema político de absorber cambios ocurridos en la relación con su entorno o en la interacción entre los componentes del mismo. Es decir, con la complejidad, estabilidad y flexibilidad del sistema.

En lo que respecta a los regímenes democráticos, éstos han sido extremadamente frágiles. Esta vulnerabilidad llega a situaciones más extremas en varios de los países caribeños y de América Central y, por cierto, México, donde la de-

mocracia tradicionalmente ha sido asimilada con una simple mecánica electoral, con farsas y manipulaciones que evitaban la alternancia en el poder. Con los ochenta —afirma el autor—, la democracia fue utilizada como tapón de contención frente a las elevadas demandas de participación y cambio social, dando como resultado procesos electorales técnicamente perfectos y la ejecución del juego gobierno-oposición, con alternancia, cosa inédita para la región.

La segunda variable utilizada por el autor en su esquema de análisis corresponde a las *instituciones políticas*. En la introducción se advierte que la consolidación del sistema democrático se vio afectada en mayor o menor medida por el funcionamiento intrínseco de las instituciones, su eficacia, su capacidad para absorber conflictos y para articular demandas, entre otros factores. Señala el autor que los estudios de política comparada se han dirigido muy recientemente a dar relevancia, fundamentalmente en procesos de cambio y consolidación democrática, a la significación de la variable institucional, variable que, unida al dinamismo de lo social, conforma un todo que debe abordarse en su complejidad examinando sus elementos propios y diferenciadores.

A lo largo de la obra, el desarrollo de esta variable de análisis consiste en la descripción del funcionamiento de las instituciones formales del Estado. Las instituciones del Estado, que describe Alcántara, son el Poder Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial, el régimen administrativo (u organización territorial) y el sis-

² Manuel ALCÁNTARA, *Sistemas políticos de América Latina*, vol. II, Introducción, Madrid, Ed. Tecnos, 1990.

tema electoral. Este apartado presenta una diferencia metodológica respecto de los otros. La fuente de la descripción de estas instituciones es la normativa constitucional y legal vigente, lo que resulta útil desde la perspectiva del Derecho Político comparado. Sería interesante profundizar en la regla de interacción e interdependencia que puede existir entre instituciones y procesos políticos. Destacar si estas instituciones permiten el cambio social o lo bloquean y cuál es el grado de tensión que existe entre ellas.

Otro ámbito interesante que se podría profundizar en la relación entre instituciones y proceso político es el que se refiere a las formas institucionales que un Estado, con historia democrática previa, adopta después de un período autoritario. Se podría distinguir entre aquellas instituciones que en estos procesos de cambio son restauradas, las que se mantienen y aquellas por las que se busca fundar un nuevo esquema político para el país en cuestión. Discusión que no ha terminado de resolverse en Brasil, que no prosperó en Argentina y que comienza a desarrollarse en Chile y México.

El tercer eje de la matriz de estudio utilizada por Alcántara se refiere a los *actores políticos*. La perspectiva para abordar a éstos se hace en función de su capacidad de intervenir en el marco de lo público, junto con su disponibilidad de movilización en la sociedad civil. Los principales actores que se analizan son los partidos políticos, el poder sindical, las fuerzas armadas, la Iglesia y, cuando son relevantes, los em-

presarios, las organizaciones populares y otros grupos sociales.

Como se ha señalado, el esquema de análisis permite una adecuada comparación entre los actores de un sistema y otro. Sin embargo, conlleva la consecuente limitación de describir a estos actores y su comportamiento en el sistema político, con categorías preconcebidas. Es decir, la metodología opta por un esquema que para que sea útil en términos comparativos exige un tratamiento riguroso que puede llevar a elevar la importancia de ciertos actores dentro de un sistema político o minusvalorar la presencia de otros, como ciertos grupos indígenas, que no existen con igual importancia a lo largo del continente.

Un hecho relevante que se desprende de este y otros trabajos es que, en América Latina, no existe una separación clara entre actores sociales, fuerzas políticas representativas y Estado. En el continente americano no existe una jerarquización social de tipo europeo, ya que se excluye a una parte de la población. Coexistiendo esta figura con una apertura excepcional del espacio político, de manera que muchas categorías sociales tienen cierto grado de acceso a la toma de decisiones. Pero la contrapartida de la apertura del sistema político es la fragilidad de la democracia representativa, que sería explicada por la ausencia de actores sociales puros. La penetración de un grupo social dentro del aparato estatal se realiza más fácilmente que la creación de un partido representativo. Los partidos clasistas tuvieron poco éxito salvo,

y parcialmente, en Chile. Un sistema político democrático no sólo supone la representatividad de las fuerzas políticas y la libertad de representación; descansa igualmente en la existencia de actores sociales autónomos, representables, es decir, conscientes y organizados, de manera directa y no solamente a través de agentes políticos³.

Queda abierta al lector la pregunta sobre si en la actualidad aparecen actores sociales más autónomos o si, por el contrario, la capacidad de acción disminuye en estos países agobiados por una crisis económica insuperable. Comparto la opinión de los que ven que el camino de solución para lo que se llama *crisis* pasa por la capacidad de tomar decisiones, negociar, establecer pactos y grandes consensos nacionales —sobre la institucionalidad política y la estrategia de desarrollo e integración social— entre los principales actores sociales.

Finalmente, el último capítulo del esquema de análisis de Alcántara trata sobre *la vida política durante la última década*. El eje que articula la evolución de los acontecimientos políticos durante este período es la ola democratizadora o proceso de transiciones políticas a la democracia. Se trata de procesos inciertos, en cuanto a su destino, en que los hechos se suceden con tal velocidad que algunas de las informaciones o juicios que se remiten en este apartado, tal como lo preveía el autor,

han ido quedando rápidamente superados.

El hecho que la mayoría de los países latinoamericanos haya experimentado un proceso de transición política en los últimos años no significa que la generalidad de las naciones del continente se encuentre en un proceso político homogéneo. Se trata de tiempos políticos breves que no necesariamente han coexistido. Algunos países carecen de una memoria colectiva democrática por no haber experimentado previamente un período significativo de un gobierno democrático. Es el caso de Surinam, de la mayoría de los países del área del Caribe anglófono, del francés o Belice. En el resto de los países subsiste una importante cuota de heterogeneidad, tanto por las características del proceso de transición como por el tipo de régimen autoritario desde el cual transitan.

Algunos regímenes autoritarios son de un carácter «tradicional». Tienen fuertes componentes patrimonialistas e incluso sultanistas, y tienen una mayor posibilidad de terminar en revoluciones, como ocurrió con la Nicaragua de Somoza, con la Cuba de Batista. Lo que no parece ocurrir con el Paraguay de Stroessner, que tiende a inclinarse junto a las transiciones democráticas de República Dominicana y Ecuador.

En el caso de México han habido importantes cambios dentro de un régimen que presenta una notable continuidad de liderazgo y estructura. Se diferencia de los regímenes burocráticos-autoritarios tanto por la capacidad de enfrentar el problema de la sucesión presidencial como

³ Alain TOURAINE, *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, Santiago, PREALC, 1987, pp. 5-15.

por su origen histórico revolucionario no oligárquico, que durante seis décadas le aseguró apoyo popular. Alcántara sostiene que «la alterancia en el poder ya no es imposible». Efectivamente, se ha producido una situación nueva en que los partidos de oposición se han hecho de un espacio político en la Cámara de Diputados, pero esto no significa que el Ejecutivo (dotado de una gran cantidad de poder) se vea obligado a pactar ni que la oposición se convierta en una posibilidad cierta de recambio, especialmente por la fragilidad política del FDN. El gobierno de Salinas ha logrado mantener su propósito de continuidad con cambio y modernización, últimamente vitalizado por el inminente acuerdo con Estados Unidos en aras de concretar el mercado común norteamericano. Sin duda, se trata de un proceso dilatado en el tiempo y, por tanto, aún poblado de incertidumbre.

Las naciones del cono sur (Argentina, Brasil, Chile y Uruguay) han sido representantes de un régimen burocrático-autoritario. Se conformaron en algunos de los países más complejos y «modernos» y se caracterizaron por la represión y proyectos elitistas tecnocráticos claramente regresivos en términos sociales⁴. El proceso de transición experimentado por estos países tiene en común la categoría de gobierno autoritario desde el cual se inicia. Al

utilizar las categorías de Stepan⁵, que pone atención no en el *desde dónde*, sino en el *camino* de transición, estos países del cono sur resultan agrupados en aquellos estados donde los regímenes autoritarios inician y controlan el proceso de democratización.

El caso de Argentina se diferencia del resto porque la transición es más bien una retirada del poder de los militares como institución. Si bien los militares intentaron imponer condiciones como precio de su retirada, ello no fue factible por su desunión, desprestigio y por la urgencia institucional de su salida del poder, en virtud del colapso que significó la derrota militar. Estos regímenes que se precipitan en la democracia generalmente conducen a un tipo de democracia política más completa, pero con el consiguiente riesgo de ingobernabilidad que puede provocar el surgimiento de fuertes oposiciones desleales, generadas al dejar con escasa representación en el proceso político a las fuerzas armadas y sectores dominantes.

Tanto la transición uruguaya como la brasileña y chilena se inscriben dentro de una lógica que subraya el papel del liderazgo autoritario en la iniciación del proceso, pero requiere de la cooperación de la oposición democrática para que triunfe. El hecho que los militares uruguayos no hayan tenido un papel significativo en la política del siglo XX, junto

⁴ Guillermo O'DONNELL, *Transiciones desde un gobierno autoritario*, vol. II, Buenos Aires, Paidós, 1988, pp. 15-36.

⁵ Alfred STEPAN, «Vías hacia la redemocratización: consideraciones teóricas y comparativas», en O'DONNELL, SCHMITTER y WHITEHEAD (eds.), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, vol. III, pp. 54-84.

con la tradición de control de los partidos (el Partido Colorado) sobre ellos, permitió que el «Acuerdo del Club Naval» no se implementara, anulando la pretensión militar de controlar el proceso de transición. El caso brasileño, en cambio, con una transición de dieciséis años, denota el hecho de un régimen militar organizado, con legitimidad en el plano económico y con poder suficiente para dirigir el proceso y obtener un alto precio por su salida.

En cuanto a la transición chilena, por estar más retrasada en el tiempo, no alcanza a completarse su esbozo en la obra que se reseña. Linz y Stepan argumentan que el «precio de transferencia» más alto que un régimen militar haya podido imponer a un régimen civil entrante en el cono sur tuvo lugar en Chile. Una transición extremadamente restringida con la transferencia de poder más «desleal», desde el punto de vista democrático, de los casos del sur de Europa o del cono sur⁶. Se trata de una transición en que coexisten un poder autoritario en retirada (simbolizado por la permanencia de Pinochet) y un poder democrático en avance, pero limitado por las leyes de «amarre» (enclaves que impiden que la mayoría política, social y electoral se transforme en mayoría institucional para gobernar).

Paradojalmente, este hecho, junto con la ausencia de crisis económica, ha afirmado y legitimado for-

zadamente la característica de una transición pactada. Se trata de una situación muy diferente a la de Venezuela y Colombia, en que, por un lado, subsisten fuertes identidades partidarias con un alto nivel de organización política y, por el otro, el régimen autoritario mantiene un considerable apoyo electoral sobre la base de un éxito razonable obtenido en sus metas políticas y en el modelo económico implementado. Es una transición pactada, porque las fuerzas opositoras a la dictadura forman una coalición política amplia y sólida que, luego de ganar en el plebiscito, acuerdan un pacto institucional con el gobierno militar (reformas constitucionales) y, tácitamente, un pacto de desarrollo estratégico, comprometiéndose a gobernar respetando la estabilidad macroeconómica, con una orientación hacia la internacionalización de la economía y un esfuerzo social creciente, financiado por la reforma tributaria acordada entre el gobierno democrático y la derecha política.

La transición mediante transacción tiende a centrar la atención en los acuerdos de la élite e inevitablemente reduce el papel del pueblo. Pero evita la confrontación brutal que pone en riesgo la democracia y las posiciones intransigentes que pueden acabar en regresiones autoritarias.

Para concluir, quiero destacar que, generalmente, los estudios sobre la historia contemporánea de América Latina separan dos tipos de enfoques: un enfoque economista (basado en una lógica dominante

⁶ Juan LINZ y Alfred STEPAN, «Relaciones civiles-militares en las recientes transiciones democráticas del cono sur de América Latina», en *Síntesis*, núm. 11, mayo-agosto 1990, pp. 77-85.

«objetiva») y una interpretación de los actores político-ideológicos (enfoque subjetivo). Por tanto, resulta afortunado encontrar en este trabajo información sobre «categorías de situación» (el estudio de las instituciones del Estado) y sobre «catego-

rías de comportamiento» (el estudio de los actores), que pueden articularse entre sí a través de la descripción de la evolución histórico-política.

Carlos ESTÉVEZ V.

MARIANO FERNÁNDEZ ENGUITA

Educación, formación y empleo en el umbral de los noventa
(Madrid, CIDE, 1990)

Este libro puede entenderse como una defensa de la necesidad de acercar la educación a los intereses reales de los alumnos en lo que se refiere a su futura vida como trabajadores, como ciudadanos, como miembros de una familia o como cualquier otra dimensión relevante que se quiera añadir. No en vano el autor propone que los profesores deberían tener la obligación de explicar a sus alumnos la utilidad práctica de sus asignaturas.

La obra puede dividirse en dos partes diferenciadas e intrínsecamente conectadas. La primera (que abarcaría los tres primeros capítulos) está dedicada al análisis del trabajo (descualificación, mercados de trabajo, desigualdades frente al mismo); mientras que la segunda (los otros tres capítulos; el último contiene la bibliografía) se consagra a la relación que guarda la educación con el trabajo.

¿Es necesario que la población pase cada vez más años de su vida en el interior del sistema educativo? Si creemos en la mitología que rodea a las nuevas tecnologías, los pro-

cesos laborales cada vez son más complejos, lo que exigiría una fuerza de trabajo más educada. Sin embargo, la realidad se empeña en mostrar que esto no es así. Más bien se asiste a una polarización de las cualificaciones, «con un aumento de los puestos de trabajo de alta cualificación, que siguen siendo una minoría, y el mantenimiento de una mayoría de empleos de baja cualificación (aunque no existe acuerdo sobre si esta mayoría es creciente, decreciente o estable)» (p. 16). No obstante, esta descalificación tiene mayor relación con la organización de los procesos productivos que con las nuevas tecnologías en sí mismas. Hoy en día florecen las empresas organizadas en torno a criterios de especialización flexible frente a la caduca producción en grandes series. La primera exige amplio personal cualificado, mientras que la segunda se basa en una rígida división del trabajo, donde la mayoría de los trabajadores están condenados a la descalificación. Otro tanto de lo mismo puede decirse del funcionamien-

to del mercado de trabajo. Las grandes empresas tienden a subarrendar a empresas pequeñas las fases subsidiarias de producción. Esto hace florecer gran cantidad de pequeñas empresas que se ven forzadas a acoplarse a diferentes demandas variables, lo que les fuerza a la especialización flexible.

¿Y qué ocurre en España? ¿Está este país al margen de este proceso? España no es un productor de nuevas tecnologías. El nivel tecnológico de la economía española es sensiblemente inferior a la media comunitaria. De las diez profesiones que más crecen en términos relativos, sólo cuatro pueden considerarse de alta cualificación y, en conjunto, sólo sumaban en 1981 el 0,55 por 100 de la población activa ocupada.

¿Qué papel juega en todo esto la educación? La educación preuniversitaria es la formación inicial para acceder a los empleos. En la medida en que exista —y existe— una fuerte desconexión de la primera con respecto a los segundos, hay que replantear la ordenación del sistema educativo. La distribución del alumnado en las dos redes de la secundaria —BUP-COU Y FP— (65,88 por 100 de matriculación en la red académica frente a 34,12 por 100 en la red profesional) es justamente la inversa de la que precisa el sistema productivo. La reforma en curso del sistema educativo pretende paliar este serio problema. Sin embargo, las inercias del funcionamiento del sistema —en especial, la plétora de profesores especializados en disciplinas tradicionales— parecen condenar a la refor-

ma al continuismo bajo nuevas formas.

La necesidad de acoplar a los jóvenes —especialmente a quienes abandonan la escuela sin concluir la secundaria— al mercado de trabajo ha supuesto la extensión de la llamada Formación Profesional Ocupacional (FPO), formación que se convierte en un subsistema regulado por el Ministerio de Trabajo a través del INEM.

Aun con todos estos esfuerzos, la transición de la gente joven al empleo es un camino trufado de dificultades. El autor recoge aquí las aportaciones más relevantes del último informe Zárraga sobre la juventud y de las investigaciones de Masjuán, Planas y Casal, además de elaboraciones propias, a partir de datos de la EPA, sobre itinerarios de la escuela al empleo, el desempleo o el subempleo.

En definitiva, el lector tiene ante sí un libro que recoge las aportaciones más relevantes del Grupo de Educación, Formación y Empleo en la España de los años noventa (GEFE'90). No es totalmente resultado de una investigación empírica directa, sino, más bien, de una profunda reflexión a partir de investigaciones recientes además de las del GEFE'90. No obstante, el autor incluye numerosas aportaciones de su propia cosecha a partir de datos provenientes de la EPA, el INE, encuestas del CIS, etc.

Una obra más del prolífico Mariano Fernández Enguita, que amplía aportaciones efectuadas en otros libros suyos. Así, la parte dedicada al trabajo puede considerar-

se continuidad de algunos capítulos de *Integrar y segregar* (Laia) y de *La cara oculta de la escuela* (Siglo XXI), y la parte dedicada a la escuela sería continuidad de *Reforma educativa, desigualdad social e inercia institucional* (Laia) y de *Juntos pero no revueltos*

(Visor). Las reflexiones sobre el trabajo doméstico serían prolongación de *El trabajo doméstico: evolución y formas de aprendizaje* (Instituto de la Mujer).

Rafael FEITO

ROBERT HERTZ

La muerte y la mano derecha

(Madrid, Alianza Editorial, 1990.

Selección, prólogo y traducción: Rogelio Rubio Hernández)

Muchos discípulos y colaboradores de Durkheim murieron en los frentes de batalla durante la Primera Guerra Mundial. Robert Hertz, tal vez el más brillante y prometededor, fue uno de ellos. Muerto en el campo de batalla de Marchéville en abril de 1915, contaba entonces 33 años y dejaba tras de sí muchos años de paciente trabajo en bibliotecas y archivos, un ambicioso proyecto de investigación, unas pocas publicaciones y algún manuscrito inédito. Con él y con los otros durkheimianos también caídos (Bianconi, David, el hijo de Durkheim, etc.), se enterró el proyecto imperial de sociología —la ciencia de las ciencias sociales— que Durkheim había diseñado y en el que, en sus distintos frentes, trabajaban sus colaboradores. De ahí que uno de los supervivientes de la escuela, Marcel Mauss, se preguntara —en el artículo que abre la nueva serie del *Année Sociologique*¹—

dónde podría haber llegado la escuela francesa de sociología si la Gran Guerra no hubiera interrumpido su desarrollo. Sin duda, venía a vaticinar Mauss, habría florecido de manera espléndida, pues antes del desastre estaba en marcha un variado y sistemático programa de investigación sociológica que los trágicos acontecimientos frustraron.

Como otros durkheimianos, Robert Hertz estudió en la Ecole Normale Supérieure². Allí conoció a Durkheim y a los otros jóvenes entusiastas de la nueva sociología. Desde muy pronto colaboró con el *Année Sociologique*, encargándose —junto con Mauss, Hubert y el mismo Durkheim— de la estratégica sección dedicada a la sociología religiosa, en la que publicó algunas recensiones críticas. Sus estudios se

¹ «L'oeuvre inédite de Durkheim et ses collaborateurs», *Année Sociologique*, nueva serie, tomo I (recogido en M. MAUSS, *Oeuvres*, París, Minuit, 1969, vol. 3: 473-499).

² La biografía de Hertz se puede reconstruir a partir de las siguientes fuentes: E. DURKHEIM, «Notice biographique de Robert Hertz», en *Textes*, París, Minuit, 1975, vol. 1: 439-445; Alice Robert HERTZ, «Introduction» a R. HERTZ, *Sociologie Religieuse et Folklore*, París, PUF, 1970: XIII-XVII; M. MAUSS, *ob. cit.*, 493-495.

orientaron hacia una temática a caballo entre la sociología de la moral y la de la religión y, por lo tanto, central en las preocupaciones de la escuela: el análisis de las nociones de pecado y expiación. La guerra impidió que culminara su estudio, para el que, ya entonces, tenía redactada parcialmente la introducción y había recopilado y ordenado todo el material empírico que iba a explotar³.

Aparte de las reseñas aparecidas en el *Année*, Hertz publicó en vida pocos escritos. Fueron recopilados por su mujer y Marcel Mauss, que los publicaron en un volumen bajo el título genérico de *Sociologie Religieuse et Folklore*, en 1928⁴. De todos ellos hay dos de gran interés: un estudio dedicado a la concepción primitiva de la muerte y otro dedicado a la preeminencia de la mano derecha. Ambos son, como destacara Mauss⁵, el prólogo y el apéndice de su ambiciosa investigación sobre el pecado y la expiación.

La originalidad y el rigor escrupuloso de Hertz se muestran ya en ese primer escrito titulado «Contribution à une étude sur la représentation collective de la mort», publicado en el *Année Sociologique* (tomo X) de 1907. Como Durkheim,

Hertz no concibe solución de continuidad entre la sociología y la antropología. La suya se pretende una investigación sobre la muerte realizada por un antropólogo de biblioteca, que usa del método comparado y que pretende llegar a una apreciación sociológica de la muerte siguiendo la vía de la «regresión primitiva», es decir, viajando hacia los orígenes y dando con la forma elemental del fenómeno.

Dos son las ideas fundamentales que estructuran el texto. La primera propone que, siendo un hecho biológico, la muerte es también y fundamentalmente un hecho social. Lo que es se identifica con lo que significa para el grupo que experimenta la muerte de uno de sus miembros y, consecuentemente, con las representaciones colectivas y las prácticas rituales con las que se aprehende y se le proporciona sentido. La otra idea es la que sitúa el problema de la muerte en la relación entre dos tiempos: el tiempo individual y efímero y el tiempo social, de la duración eterna. La muerte no hace sino contrastar ambas duraciones, y el ritual y las representaciones colectivas relacionadas con ella consisten, justamente, en convertir la irrupción del desorden bárbaro y amoral de la muerte en la confirmación del carácter perenne del grupo de los vivos, que, al cabo, se ve duplicado en el grupo especular de los ancestros al que, cumplidos los rituales funerarios, el muerto accede y en el que revive socialmente.

De la mano de estas ideas cruciales, Hertz concibe la muerte no como un hecho momentáneo o puntual, sino como un proceso, un

³ La introducción fue publicada, con una nota introductoria de M. Mauss, en la *Revue de l'Histoire des Religions* (1922), 86. M. Mauss dedicó varios cursos en el Collège de France a ordenar, completar y explotar la documentación dejada por Hertz. Véase M. MAUSS, *ob. cit.*, 513-516.

⁴ El texto ha sido reeditado, con el mismo título, por PUF, París, 1970, con un prefacio de G. Balandier.

⁵ M. MAUSS, *ob. cit.*, 494.

tránsito. El cadáver no es lo muerto, sino lo que va muriendo, lo que va desapareciendo hasta convertirse en unos pocos huesos ya no susceptibles de transformación ulterior. Es en ese momento cuando la muerte acaba, cuando se procede a las definitivas exequias y cuando el desaparecido revive socialmente en el grupo de los ancestros.

Si la muerte es un proceso, los ritos funerarios son ritos de tránsito —de «iniciación», dice Hertz; de paso, diríamos nosotros—. Paso de un estado lleno de ser a otro también pleno; entre ambos, un tránsito peligroso y desordenado. El ritual, con sus exactas prescripciones, permite transitar con sosiego, dominar lo que se transforma, abordar y disolver, a la vez, lo cambiante e informe. Y, así, el mundo queda afirmado como un orden discreto y finito de estados plenos entre los que los humanos transitan con seguridad de la mano del ritual.

Es el segundo escrito de Hertz el que aquí se publica. Apareció en la *Revue Philosophique* (tomo XXXIV) en el año 1909. Es, sin duda, un escrito superior al primero en madurez, capacidad sintética y orden argumentativo.

Hertz se pregunta el porqué de un hecho tan simple y tan universalmente arraigado como la preeminencia de la mano derecha. Para un durkheimiano, una pregunta así no tiene difícil contestación: si el uso preeminente de la mano derecha está universalizado, si además es un hecho obligatorio, habrá que concebirlo como externo y constrictivo y, consecuentemente, como un hecho social. Pero Hertz es más sutil y

matizado. No se niega a seguir esa vía de argumentación, pero la entrelaza con otra más interesante. La preeminencia de la mano derecha es presentada como un hecho (natural) y un ideal (social), a la vez. En realidad, argumenta Hertz, la pequeña y tendencial asimetría que, en este caso, dicta la naturaleza es apropiada, profundizada y explotada por la sociedad hasta convertirla en una asimetría profunda, radical, que se proyecta sobre el cuerpo del hombre, la sociedad y la naturaleza. Dicho con un lenguaje diferente, la sociedad explota pequeñas diferencias naturales para crear grandes diferencias, consiguiendo así pensarse, constituirse y reproducirse a sí misma (como el orden de relaciones de esas diferencias).

El artículo de Hertz incorpora de forma inequívoca las propuestas centrales del paradigma durkheimiano: la diferencia derecha/izquierda es un hecho de origen religioso; la religión se fundamenta en el contraste entre lo profano y lo sagrado; este contraste lo incorporan los individuos a resultas de su doble naturaleza (hipótesis del *homo duplex*), etc. Es éste el marco teórico que permite abordar y explicar ese objeto de investigación. Consecuentemente, Hertz presenta su estudio como una contribución más en una línea de investigación de escuela.

Para un lector actual, el escrito tiene el interés que dimana de todo intento de construir una sociología que, a la vez, es original y profunda. Original porque afronta temas no trillados, relativamente periféricos, sorprendentes, se podría decir. Pero esa originalidad no cae en la

trivialidad ni en lo anecdótico. Hertz tiene la virtud de problematizar lo simple y obvio y, al hacerlo, nos conduce al análisis de los planos más profundos y fundamentales de la construcción social de la realidad. Estudiando una de las polaridades más simples, nos sitúa ante el problema de dar razón de las condiciones más simples de posibilidad del pensar y actuar sociales. Esa sociología profunda es justamente el resultado más afortunado de un proyecto de investigación, como el durkheimiano, que se había lanza-

do al estudio de las representaciones colectivas. En vez de instalarse confortablemente en la vistosa epidermis, se fue decantando progresivamente hacia las capas más profundas, hacia las condiciones de posibilidad de todo pensamiento y toda acción, hacia el espacio y el tiempo. Y, así, si el estudio sobre la muerte es una contribución sobre la construcción social del tiempo, este estudio sobre la derecha contribuye a aclarar cómo se construye socialmente el espacio.

Ramón RAMOS